



Guía de lectura

Sara Jaramillo Klinkert

Donde cantan
las ballenas



Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Candelaria tiene doce años y vive con su excéntrica familia en Parruca, un mítico lugar de Colombia perdido entre montañas. Su madre habla con las piedras, su hermanastro cultiva hongos alucinógenos y su padre, un artista que esculpe ballenas, los ha abandonado. Mientras la vegetación devora la casa, reciben a extraños personajes: una mujer experta en plantas venenosas con más de un muerto auestas, un hombre que teme a los rayos, un desahuciado que persigue su propia muerte y deja tras de sí un enigmáti-

co manuscrito... Candelaria intentará que la acompañen en la búsqueda de su padre, y ese proceso le revelará la verdadera complejidad de la vida y la naturaleza vulnerable de los seres humanos.

Con ecos de Gabriel García Márquez, Juan Rulfo y Gioconda Belli, *Donde cantan las ballenas* pertenece a ese nuevo realismo, presente en las obras de Dolores Reyes, Karina Sainz Borgo o Mariana Enríquez, que nos revela una Latinoamérica que parece de otro tiempo y otro mundo... pero está en éste.

EL NUEVO BOOM DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Entre 1960 y 1970 un grupo de escritores latinoamericanos, todos ellos hombres, revolucionaron la literatura en español y colocaron al continente americano en el centro de la producción cultural en todo el ámbito del idioma. Después del boom llegó el crack (los autores jóvenes de Latinoamérica como Jorge Volpi, Ignacio Padilla o Eloy Urroz quisieron matar a sus padres Vargas Llosa, García Márquez, Rulfo y Cortázar). Tras ellos llegaron los autores intelectuales, los metaliterarios y los autoficcionalados. Hoy, una nueva generación de autores, la mayoría de ellos mujeres, están asentando las bases de una Nueva Literatura Latinoamericana, bajo

la influencia de los «padres», los grandes maestros de del siglo XX, cuyo eco resuena en sus páginas —García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo—, pero también de la Gran Literatura Americana —como ya lo estuvieron sus padres a su vez—, el *thriller* como género y las buenas series. Nombres como Karina Sainz Borgo, Dolores Reyes, Mariana Enríquez, Fernanda Melchor, Brenda Lozano, Selva Almada, Nona Fernández, Pilar Quintana, Mónica Ojeda, Valeria Luiselli y Sara Jaramillo Klinkert, entre otras, están contando la América Latina actual. Sus historias son poderosas, su voz suena fuerte, libre y comprometida con la realidad.

EXTRACTOS

«La guerra empezó a perderse desde el instante mismo en que dejaron de dar la pelea. La vegetación estaba acabando con la casa y hasta con ellos mismos. La propiedad se había camuflado tanto entre el verde que ya ni siquiera era posible divisarla desde la carretera. Nadie podía saberlo todavía, pero eso era precisamente lo que estaba convirtiendo a Parruca en buen lugar para esconderse.

Lo bueno de la guerra contra la vegetación era que a ratos lograba unirlos como familia en un mismo bando. Lo malo era que, a veces, acentuaba sus diferencias y los hacía sentir verdaderos

extraños. Como los soldados que no se ponen de acuerdo sobre la identidad de sus enemigos y, al final, terminan disparando para todos lados. O para ninguno. Conforme pasaban los días, Candelaria empezó a darse cuenta de que estaba perdiendo a sus dos únicos compañeros de batalla. En especial a la madre. La intermitencia de sus estados de ánimo la alentaban un día y la desalentaban al siguiente. Nunca estaba ni bien ni mal del todo. Parecía caminar al borde de un abismo, decidiendo hacia cuál lado saltar, pero sin la valentía de decidirse a hacerlo. Candelaria la empujaba

hacia su lado porque era su madre y aún la necesitaba, aunque a simple vista pareciera lo contrario. Era ella la que obligaba a su madre a salir de la cama cada mañana. La que la empujaba a la ducha, la que la obligaba a comer y luego a caminar para que el sol le devolviera su color original y ocultara sus venas oscuras y abultadas.»

«Las piedras no eran las únicas que observaban a la madre. Candelaria también lo hacía porque ya no se conformaba con quererla tal cual era, sino que necesitaba entenderla. Trataba de descifrar adónde se había ido su belleza, adónde su gracia, adónde el dinero que corría a manos llenas cuando el padre construyó la casa. Ponía un gran empeño en tratar de entender sus excentricidades: el dedo en la tráquea, los encierros sin tregua, los silencios sin final, los estados de ánimo cambiantes. Hacía cosas como ayunar una vez a la semana, engancharse sanguijuelas en todo el cuerpo para limpiar las toxinas de la sangre y bañarse en miel de abejas. Usaba bicarbonato de sodio como si se fuera a acabar, de hecho, aunque no lo admitía, profesaba más fe en el bicarbonato que en Dios, lo cual es mucho decir, pues era una mujer decididamente religiosa, aunque se peleara con Dios cada día. Hacía buchecitos de bicarbonato para lavar las encías, emplastos para limpiarse la cara, lo ponía en el champú para eliminar la caspa y en el jabón de los platos para desodorizarlos. Se exfoliaba, se quitaba los callos y se cauterizaba las heridas a punta de bicarbonato. También lo ingería en ayunas con limón para alcalinizarse por dentro.»

«—¿Yo soy bonita? —le preguntó a Gabi.

—¿Tú qué crees?

—No sé, por eso le estoy preguntando.

—No se lo preguntes a nadie. Si uno permite que lo definan, después no puede sacar una conclusión propia. No es fácil ser mujer, cariño.

—¿Y hombre?

—Es tan fácil que terminan por atontarse, ¿ves? A veces, lo que uno tiene a favor es lo mismo que tiene en contra. No lo olvides nunca, información como esa es la que nos hace diferentes a mujeres como nosotras.»

«Eran los hongos. Candelaria no tenía ninguna duda al respecto. Eran los malditos hongos los que estaban acabando con su hermanastro. Rojizos, aterciopelados, de apariencia inofensiva, de sabor amargo, de efecto inmediato. Bastaba arrancarlos, deshidratarlos y luego ponerlos a hervir en agua. Con dos gramos Tobías se ponía contento; con tres olvidaba las cosas; con cuatro se ponía creativo; con cinco, violento; con seis, trascendental. Con diez gramos lo había visto sentarse a meditar al pie del laurel durante semanas y con veinte gramos, quién sabe cuánto tiempo. Sacudirlo no funcionaba ni peinarlo ni conversarle, solo quedaba el estruendo de las ollas para despertarlo.

Candelaria ignoraba por qué Tobías no había querido marcharse con su padre. Tampoco sabía por qué últimamente ellos dos estaban distantes. Intuía la existencia de razones tan potentes como para que la familia entera se empeñara en ocultarlas. Hay cosas así: pesadas, in-

comprensibles, difíciles de digerir. Y son justo esas cosas las que las familias deciden callar.»

«—¿Te habrías ido con él si te hubiera invitado? —preguntó Candelaria.

—Él sí me invitó, pero yo no quise partir. Ya no confío en él.

—¿Y adónde se fue? —insistió Candelaria.

—Seguro que a buscar ballenas que canten de verdad.

Candelaria se quedó tratando de adivinar si su hermano sabía o no sabía el paradero del padre; si hablaba en serio o hablaba por hablar. Se quedaron en silencio y cada uno sacó sus propias conclusiones, pero las dejaron escondidas en ese lugar de la cabeza en el que se guardan las conclusiones que no quieren aceptarse. Ambos tenían los pies descalzos y al agitarlos distorsionaban el reflejo de la luna que parecía atrapada allí en las aguas turbias y apretadas.

—Cuando yo nado en el estanque cierro los ojos —dijo de pronto Candelaria.

—¿Para qué? —preguntó Tobías conteniendo una sonrisa.

—Para que no me dé miedo.

—El agua está tan turbia que da lo mismo abrirlos o cerrarlos.

—Por eso mismo —dijo Candelaria—, para qué abrirlos si no se ve nada...

—Por eso mismo —dijo Tobías—, para qué cerrarlos si no se ve nada...

Candelaria se quedó pensando un rato y llegó a la conclusión de que era mejor cerrar los ojos bajo el agua. Sería cuestión de tiempo aprender que lo correcto es lo contrario y que son justo las

cosas que no quieren verse las que requieren que abramos bien los ojos. Por cambiar de tema se puso a agitar vigorosamente los pies y luego preguntó:

—Si agito con fuerza el agua, ¿crees que es posible liberar a la luna de este estanque?

—Creo que es mejor mirar al cielo. Así como creo que es mejor andar siempre con los ojos abiertos.

Levantaron la vista y se pusieron a observar la luna. Libre, solitaria, clavada muy alta en la inmensidad de la noche. A lo lejos, seguían cantando las ranas. Pero, en esa ocasión, a Candelaria le pareció que su canto sonaba como un quejido.»

«En un momento dado Tobías se puso de pie, caminó dando tumbos hasta su cuarto y cuando volvió a salir, al cabo de un rato, Candelaria se aterrorizó al verlo convertido en águila por obra y gracia de esa estúpida máscara que ella tanto odiaba. Le cubría la mitad de la cara con unas plumas blancas y en la otra mitad, a la altura de la nariz, se descolgaba un pico curvado, largo y amarillo que terminaba en punta casi llegando a la boca. Un par de agujeros le enmarcaban los ojos dándole la mirada de una inquietud desconcertante. La máscara era un antiguo regalo que los nativos le hicieron a su padre. Había sido elaborada con plumas reales de águila que perturbaron a Candelaria nada más verlas. Siempre le aterró la idea de que los nativos hubieran matado un ejemplar para despojarlo de su plumaje. Al final, la máscara terminó por desaparecer misteriosamente y nadie en la casa volvió a hablar de ella un buen tiempo. Hasta ahora.

Se la detalló bien aprovechando que Tobías la llevaba puesta. No eran solo las plumas lo que la perturbaba, sino el conjunto: la insolencia con la que su hermano la lucía, la capacidad de alterar la personalidad de su portador y el hecho de que no era posible ver las facciones de quien la llevara puesta. Por otro lado, estaba el pico en total desproporción con los demás elementos. Había sido elaborado con arcilla primaria, de manera que conservaba la memoria de los minerales de la montaña. Ostentaba un peso, una extensión y una curvatura que lo hacían incapaz de sostenerse erigido y, por eso, se descolgaba casi hasta la boca. Era, pues, la incongruencia de los componentes lo más perturbador de la máscara. Sin embargo, desde ese día, movido por quién sabe qué pensamientos, Tobías decidió ponérsela, como si fuera una segunda piel, una segunda cara o una segunda personalidad.

No volvería a quitársela hasta el fin de sus días. Y aunque la fecha exacta del fin de sus días estaba cerca, ninguno de los dos habría podido calcularla en ese momento.»

«Si su padre estuviera la ayudaría a procesar tantos cambios. Él se esmeraba en que ella comprendiera bien las cosas, aunque es verdad que muchas de las explicaciones que él le había dado empezaban a parecerle fantasiosas. Seguía intentando distinguir las mentiras profesionales de las buenas historias. Tal vez lo estuviera juzgando con dureza cuando lo único que él quería era ofrecerle una versión menos cruda de la realidad. O no. Tenía que meditar un poco más sobre ello, porque a ciertas verdades no se acce-

de de forma improvisada. Llegaría a convencerse de que no era el entorno lo que estaba cambiando, ni siquiera su padre, sino que era ella la que empezaba a percibir todo de una manera más real.

Resolvió ir al estanque, no tanto por acompañar a su madre, sino para evaluar el estado de los sapos que había liberado la primera vez. Los encontró inmensos y gordos de tanto atiborrarse de chicharras y de hormigas. Otra cosa que notó fue que el agua turbia favoreció la reproducción de sanguijuelas que, a su vez, estaban mermando la población de renacuajos, y eso la hizo pensar que la vida era una eterna competencia en la que siempre ganan los más fuertes. El calor veraniego había obligado a las arrieras a asomarse fuera de los hormigueros. Una tras otra se encadenaban en filas interminables que, a lo largo de la grama, dejaban caminitos, cuyo final Candelaria se empeñó en encontrar, sin saber aún que el destino final de las hormigas era uno de los eternos misterios del mundo.

—¿Adónde van todas esas hormigas?
—le había preguntado una vez a su padre.

—A su colonia.

—Pero ¿por qué siempre andan juntas?

—Porque es más cómodo juntarse con sus semejantes: los zorros con los zorros, las abejas con las abejas. Y a los humanos les pasa más o menos lo mismo: los enfermos en hospitales, los locos en manicomios, los esclavos en oficinas, los artistas en colonias. No hay nada más incómodo en este mundo que estar fuera de lugar. Y a los seres humanos nos gusta la comodidad.»

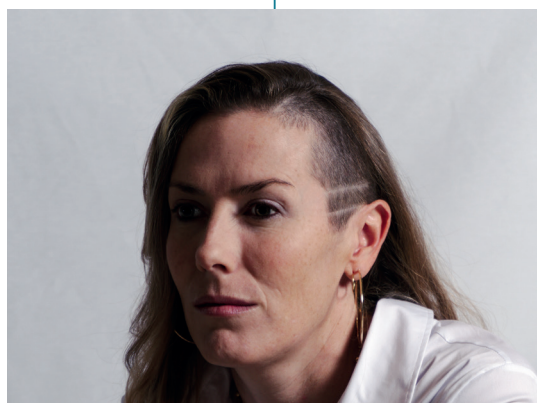
PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La figura del padre ausente es el centro en torno al que gravita la trama de la novela *Donde cantan las ballenas*. ¿Cómo marca esa ausencia a la familia de Candelaria? ¿Cómo expresa la autora la marca del abandono del padre en la personalidad de los hijos y en particular en la niña?
2. En la novela, la casa y sus alrededores funcionan como un universo completo, como un mundo a ratos opresivo y otros muy libre para sus habitantes. ¿Cómo influye ese entorno en los protagonistas? ¿Qué otras obras habéis leído que transcurren en una casa que funciona como un universo completo?
3. Otro de los temas de la novela es la infancia y, en particular, el paso entre la infancia y la edad adulta, ese momento en que se empieza a vislumbrar el auténtico funcionamiento del mundo. ¿Cómo se manifiesta ese proceso en Candelaria?
4. En la novela la naturaleza es un personaje más. ¿En qué se nota?
5. En *Donde cantan las ballenas* son muy importantes las relaciones que establecen los protagonistas con los animales. ¿Habéis pensado en el valor simbólico de las ballenas, la serpiente, los renacuajos, el águila...?
6. En la novela es fundamental la idea del dolor como motor de crecimiento. ¿Cómo se nota esta idea en la protagonista?
7. ¿Cuál es el personaje que más os ha llamado la atención, el que os parece mejor construido o con el que os sentís más identificados?

8. La autora sortea con maestría el peligro de caer en el final feliz. ¿Cómo lo hace? ¿Qué matices aporta el final de la novela?
9. La crítica ha puesto en relación el mundo creado por Sara Jaramillo con el mítico Macondo de García Márquez. ¿Cuáles son las similitudes y las diferencias entre ambos universos?
10. Se está hablando de un nuevo boom de la literatura latinoamericana. Un boom protagonizado por mujeres que están contando el mundo actual desde la literatura. ¿Con qué otras autoras relacionaríais a Sara Jaramillo Klinkert en este sentido?
11. ¿Creéis que en la novela hay influencia del realismo mágico y de autores como García Márquez o Rulfo? ¿En qué se aprecia?

LA AUTORA

© Ricardo Quesada



SARA JARAMILLO KLINKERT (Medellín, 1979) es comunicadora social y periodista por la UPB (Universidad Pontificia Bolivariana) y ha trabajado en varios de los principales medios de comunicación colombianos. Cursó el máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid, donde le fue otorgada la beca al rendimiento académico. En 2020, Lu-

men publicó su novela autobiográfica *Cómo maté a mi padre*, que tuvo una extraordinaria acogida por parte de la crítica, está siendo traducida al francés y fue finalista del Premio Nacional de novela en su país, y en 2021 *Donde cantan las ballenas*. En la actualidad vive en Medellín, dirige una tienda de especias y escribe su tercera novela.

